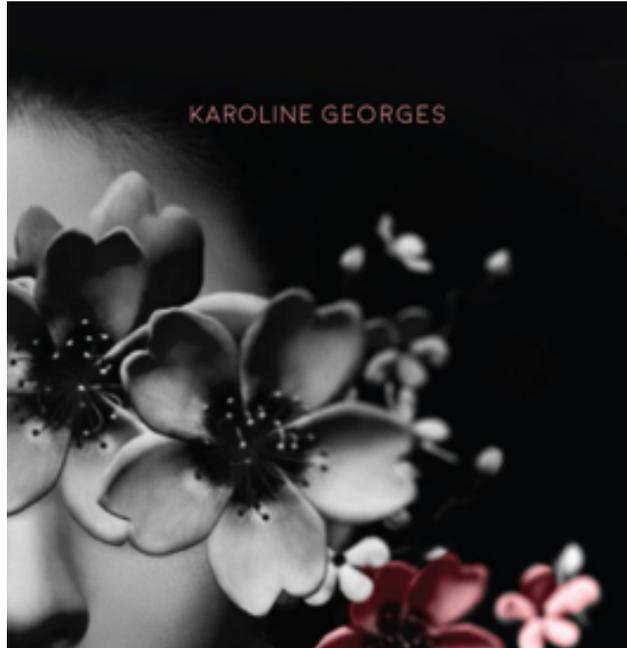


De synthèse

Karoline Georges

«Una prosa inteligente y eficaz.» — **Comité de evaluación del Premio Gouverneur Général**



Título original: De Synthèse

Autora: Karoline Georges

Editorial: Alto (Quebec), 2017

Páginas: 240 **Idioma:** francés

Derechos vendidos: Alemania (Secession Verlag), Francia (Folio), Canadá inglés (Coach House), Macedonia (Begemont), Ucrania (Anetta)

Cerca de 7.000 ejemplares vendidos en Quebec

Premio Gouverneur Général 2018, Premio Jacques Brossard de la science-fiction et du fantastique, Premio Arlette-Cousture, Premio Aurora Boréal Meilleur Roman 2018, Finalista al Prix littéraire des collégiens, Finalista al Premio Horizons imaginaires, Coup de coeur Renaud-Bray.

Sinopsis

La protagonista de *De Synthèse* repasa su vida mientras asiste impotente a los últimos días de su madre al tiempo que ultima los detalles de su avatar virtual. En permanente búsqueda de una alternativa a lo real, pero con un firme pie en la tierra, Karoline Georges pone el foco en las relaciones paternofiliales desde el punto de vista de una mujer que renueva la difícil relación con sus padres en el momento en el que su madre entra en fase terminal tras una larga enfermedad degenerativa. En lugar de aceptar lo inevitable, la mujer concluirá su particular búsqueda de la vida eterna con un descubrimiento inesperado la reconcilia con la visión que tenía de los suyos.

«De niña me negaba a aceptar la diferencia entre lo verdadero y el simulacro. Lo que ocurría en la pantalla o en las páginas de una novela era más valioso para mí que la realidad. Lo que sentía leyendo o viendo la televisión —la fascinación, el placer, la curiosidad, la estupefacción— era de una intensidad indiscutible. Pero pronto comprendí —demasiado pronto, tal vez— que me encontraba del lado equivocado de la pantalla.»

«Nací en el extrarradio, en una ciudad dormitorio. Crecí en un chalet equipado con todo tipo de electrodomésticos. Y mi madre se quedaba ahí, sentada delante de la ventana, bajo el estruendo del lavavajillas, observando el horizonte de idénticos chalets mientras fumaba un cigarrillo. Casi tan estática como las imágenes de las mujeres de las revistas de mi abuela, pero sin el maquillaje ni el peinado, y sin la ropa de marca. Seguro que se ponía en marcha cuando yo estaba en clase, o quizá durante la noche; nunca lo he sabido. Pero al final de la tarde, al volver del colegio, ya estaba en la ventana, fumando, en silencio. Y después, por la noche, bajaba al salón del sótano, se sentaba en el sofá delante de la televisión con un vaso de vino y a veces un libro, y no volvía a moverse. En verano, si estaba embarazada, se salía a la escalinata de la entrada a tomar el fresco; dábamos la vuelta a la manzana, ella fumando un cigarrillo y yo chupando un Mr Freeze. Luego tenía un aborto y volvía al salón, con su vaso de vino.

Mi madre estuvo embarazada toda mi infancia.

El vientre se le hinchaba durante tres o cuatro meses y a continuación lloraba durante toda una semana. Yo la oía susurrarle a mi padre que no comprendía por qué. Y mi padre apuraba un gran vaso de ginebra.

Podría haber tenido nueve hermanos. Tal vez más. En lugar de eso, lo que tuve fueron muñecas de mi mismo tamaño, a las que sentaba en el salón, delante de la pantalla. Creía que aquello consolaba a mi madre. Que en medio de nuestra asamblea se sentiría realizada. Pero nada podía acabar con su tristeza, que la volvía letárgica, su mirada casi tan fija como la de mis muñecas. Si la televisión no hubiera estado ahí, reinando en el salón, con su sucesión ininterrumpida de programas y películas simulando una actividad permanente en el chalet y ante la cual me inmovilizaba en cuanto me era posible, habría podido pensar que ya había alcanzado la esfera de la imagen.»

Sobre la autora



Photo : Yannick Forest

Karoline Georges (Montreal, 1970) es una artista multidisciplinar y autora de siete libros, entre los que destacan *Sous béton* (finalista al Prix des libraires du Québec 2012) y *De synthèse*, Prix littéraire du Gouverneur Général 2018.

Lo que dice la crítica

“En este relato singular dedicado a la madre, la narradora crea un avatar para combatir su dolor ante la vida. Karoline Georges consigue conjugar lo real y lo virtual alrededor de la complejidad de los lazos familiares. La autora aborda la soledad y la representación del cuerpo con una lucidez sorprendente.” — **Comité de evaluación del Premio Gouverneur Général.**

“Una novela futurista sublime e íntima sobre las filiaciones reales y virtuales. La quintaesencia, hasta el momento, de la obra de Karoline Georges.” — **Ariane Gélinas, *Lettres québécoises***

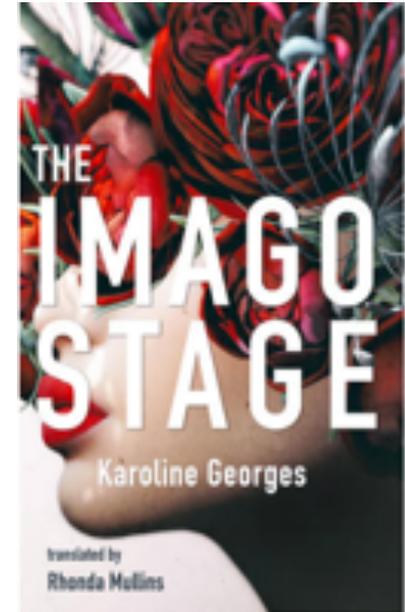
“Sobre nuestra relación con una imagen pero también sobre aquello que nos une a los demás, lo que queremos/podemos compartir con ellos. Con un lenguaje [...] preciso como un escalpelo, hermoso como un sol ardiente en pleno invierno.” — **Le Devoir**

“Una reflexión particularmente brillante y pertinente sobre nuestra época y el culto a la imagen. [...] Hacía mucho tiempo que no leía una novela que removiera de esta manera, que abordara las cuestiones vitales con tanta inteligencia. De obligada lectura.” — **Yvon Paré, *Littérature du Québec***

“He aquí un relato embriagador, enigmático y profundamente turbador. Un libro brillante sobre la relación con el arte, el cuerpo y la tecnología de hoy en día, que nos confirma el manifiesto poder de seducción de las imágenes.” — **Dominique Janelle, *Le Vif/L'Express***

“Esta novela es un magnífico mausoleo dedicado a la madre que nos lleva más allá de la muerte. Una promesa de eternidad.” — **Chantal Guy, *La Presse***

“Un libro muy hermoso sobre el duelo, el cuerpo y la filiación.” — **Catherine Thériault, *Les libraires***



«Unas semanas antes de mi decimosexto cumpleaños mi madre tuvo un aborto por la mañana; se bebió una botella de vino en el cuarto de baño, o quizás dos, y en cuanto mi padre volvió, en medio de la velada, le anunció que iba a pedir el divorcio. Luego salió a darle la vuelta a la manzana mientras fumaba un cigarrillo.

Yo estaba en mi cuarto, en el sótano. Lo oí todo. El portazo, los tacones de mi madre contra el asfalto, el ruido de un vaso posado con fuerza sobre la encimera, el rechinar de la puerta del armario en el que se encontraba la botella de ginebra. [...] Algo más tarde lo oí desplazarse por encima de mi cabeza, bajar la escalera que llevaba a mi habitación. Pasar por delante de mi puerta cerrada sin detenerse. Llegar hasta el trastero. Y, por un solo ruido, lo supe. Un sonido largo, con modulaciones. El de una cremallera. Estaba abriendo el estuche de su carabina. Oí la cascada de chasquidos metálicos rebotando contra su banco de trabajo cuando vació la caja de cartuchos para cargar su arma.

Mi padre practicaba cada otoño la caza del corzo.

Estábamos en junio.

Me hallaba a un metro de la puerta de lo macabro, la escalera se encontraba justo al lado y, algo más arriba, había una puerta que daba al aparcamiento.

No oí nada más.

Imaginé que me apuntaba con el arma a través de la delgada hoja de aglomerado que nos separaba.

Y, sin pensármelo [...], salí huyendo.

Corrí a la calle en busca de mi madre, le di la vuelta al barrio para encontrarla. Toda la vuelta, hasta regresar a mi punto de partida. Estaba a tres casas de la nuestra cuando la vi que tomaba el camino que llevaba

a nuestra entrada, alcanzar la escalinata. Entrar en casa. Era como si me hubiera transformado en un corazón gigantesco que deformaba la realidad circundante a golpe de latido. Ya no era capaz de ver la puerta de tan fuerte como resonaba en mi interior, por todas partes, hasta en los ojos. Caminé lentamente hasta la casa, pero me detuve en medio de la calle. Y luego lo oí.

Un tiro.

Una detonación, unos golpes fuertes. Pero por lo visto lo bastante sordos como para no alertar a los vecinos, que en aquel mismo momento estaban viendo en la televisión los tiroteos de la policía aderezados con música rock.

Nadie se asomó a la puerta.

Salvo mi madre. Que lloraba.

Encendió un cigarrillo y volvió a darle una vuelta a la manzana. Yo caminé junto a ella. No dijo nada. No pregunté nada. Luego la seguí hasta el interior de la casa; oí al mismo tiempo que ella los ronquidos de mi padre, que ya dormía en su habitación. Mientras ella se servía una gran copa de vino, bajé al sótano. Quería saber; lo vi. Un agujero en el suelo de cemento. Un cráter, grande como mi cabeza. Mi madre llegó detrás de mí, con su cigarrillo y su copa de vino. Le pregunté susurrando si había que llamar a la policía. [...] Mi madre me lanzó una mirada indignada. Acababa de insultarla. Clavó los ojos en mí y me dijo en voz baja: la policía no tiene nada que ver en esto, es una tontería, no vamos a hacer una historia de ello. Yo no dije nada, pero probablemente sintió el movimiento de placas tectónicas que hubo en mí. Estaba todavía muerta de miedo, y me sentía terriblemente traicionada.»

«Mi malestar era tan grande a principios del siglo veintiuno que estaba dispuesta a probar los videojuegos y aprender a combatir dragones con el índice y los pulgares con tal de proyectarme lejos de mi carne.

No era la única en sentir aquella necesidad imperiosa. En todos los continentes, apenas un siglo después de la invención de la televisión, se aprestaban a crear los primeros universos de inmersión, unos dominios que permitían atravesar la pantalla en la forma que fuera, crear objetos allí, intercambiarlos, venderlos, inventar mundos. Las herramientas de creación fotográfica se multiplicaron.

Comprendí que podía convertirme en una imagen. En una verdadera imagen. Independiente de mi cuerpo de carne y hueso.

El día de mi segundo nacimiento, a través de mi avatar, viví lo que hoy considero una epifanía.

Por fin había traspasado la pantalla. Ya estaba allí.»

«Por la mañana, con la cabeza hundida en la almohada y los ojos abiertos de par en par, posados en el techo sin haber conseguido conciliar el sueño, recibo una segunda llamada de mi padre.

Me anuncia que mi madre no saldrá todavía del hospital, que necesita una bata; la única que tiene en casa data de otra década. Comprendo a través de sus palabras expeditivas que no sabe a dónde ir, cómo elegir. Necesita ayuda. Mi madre tiene frío. Me esperan.

Me quedo en la cama durante una hora, mirando el techo.

Todo es blanco a mi alrededor. Estancia, sábanas, luz. Es tranquilo, silencioso. No hay un ruido.

¿Una bata? Sin que sepa por qué, aquella petición me agrade.

No quiero.

No quiero nada de todo eso.

Ni la enfermedad de mi madre ni la voz de mi padre en mi oído. Ni volver al hospital. Sobre todo no quiero salir de mi apartamento. Y cuanto más lo pienso más pánico me entra.»

«Bajo mis dibujos se encontraba una cartulina elegantemente impresa. Era un marco de fotos, plegado sobre sí mismo. Que protegía un retrato de mi madre el día de su boda. Al ver su cara de joven novia se me cortó el aliento [...] No tenía ningún recuerdo de aquella cara. La que yo recordaba estaba marcada por la tristeza, por la angustia, el cansancio, la decepción. Hasta donde recuerdo, cada vez que levantaba la mirada hacia ella era su sufrimiento, sobre todo, lo que percibía. Y lo que experimentaba enseguida.

[...] Una hoja blanca, doblada, protegía una fotografía. En ella, unas palabras de mi padre: Nunca fui un buen fotógrafo, pero...

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Me habría gustado, en aquel momento, volver a ver alguno de nuestros horribles recuerdos de familia en los que aparecíamos todos tan borrosos. Podría haberme reído e incluso emocionado, quién sabe.

En el pliegue de la hoja, una minúscula fotografía cuadrada, con un reborde blanco, revelaba una imagen nítida, suavemente iluminada. Bien encuadrada. Una fotografía en color. Con tonos rosa crema, ocre. Era una de las primeras escenas de mi vida. Estaba en brazos de

mi madre; tenía unos días. Yo, minúscula, contra su hombro, pegada a su piel satinada. Yo, con los ojos posados en el primer rostro de mujer que conocía. En mi primera experiencia de la belleza humana. Mi madre sonreía. Una verdadera sonrisa luminosa.

Durante todos estos años estudiando lo sublime femenino y tratando de darle un rostro a mi vez, sin saberlo, sin sospecharlo siquiera, era probablemente el suyo el que buscaba.

Su rostro inicial.

El primero que hallé al llegar al mundo. Y que nunca jamás pude volver a encontrar.»

Una propuesta de traducción de:

Luisa Lucuix

Asesoramiento en literatura quebequesa

Traductora socia de ACEtt

Coordinadora de Encuentros Quebec

+34 681 19 05 31

lucuixa@gmail.com

<https://twitter.com/lucuixa>